

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. { Un Mes..... 1 peseta.  
Trimestre..... 2.50  
Año..... 10

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. { Un Trimestre.... 3 pesetas.  
Semestre..... 6  
Año..... 12

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 10.

LO NECESARIO

Alármase un periódico militar ante el solo anuncio de que va a ser reducido a 60.000 mil hombres el contingente del ejército.

Hace mal nuestro colega en preocuparse; porque eso de la reducción es pura fantasía.

Aseguran los hombres pensadores de este país, que aquí necesitamos un gran ejército permanente para defender las instituciones, contra las asechanzas de los pícaros republicanos, y aparte de esto, hay que sostener a toda costa el militarismo.

No; no se harán economías en el presupuesto de Guerra. Podrán reducirse los gastos en todos los demás servicios; podremos quedar sin escuelas, sin hospitales, sin ferrocarriles, y sin garbanzos, pero ni se suprimirá el pan de Viena, ni se privará al militarismo de una sola de sus prerrogativas.

Romero Robledo quiso acometer ciertas reformas que menoscababan los sueldos pingües de algunos individuos pertenecientes al ramo de Guerra, y se alzó prepotente la voz de un general, diciendo:

—¿Cómo estamos aquí? ¿Quién osa tocarnos el estómago? ¡Rayos y truenos! ¡A ver! ¡Que me traigan mi caballo de batalla!

Y Romero, con todo su tupé y sus pujos de independencia, tuvo que quitarse el sombrero reverentemente, y decir con cierta humildad respetuosa:

—Usted dispense, mi general; yo había querido cortar un abuso irritante, pero ¡carambal! no se inmode usted. ¡Nada! ¡nada! no hablemos más del asunto, y sigan ustedes chupando cuanto gusten.

Todos los ministros, tienen que someter a sus compañeros del Gabinete ciertas resoluciones importantes; todos los ministros, menos el de la Guerra. Este puede hacer mangas y capirotos en su departamento y, ¡guay! del que se atreva a contrariarle.

A lo mejor se presenta en el Consejo de Ministros el pobrecito Concha Castañeda con un proyecto sacado de su cabeza, y se lo lee a los demás miembros del Gabinete, con la voz alterada por la emoción.

—Eso es un absurdo—dice Linares.  
—Un desatino—agrega Romero.  
—Un disparate—replica Cánovas.  
—Pero...—se atreve a decir Concha.  
—¡Zilencio!—grita D. Antonio, dirigiéndole una mirada de fiera constitucional y talentuda.

Y acaban todos por volverle la espalda al desdichado ministro; y Linares, en su deseo de manifestarse celoso y fiel intérprete de los pensamientos de Cánovas, se dirige al ministro de Hacienda para tirarle un pellizco en una pantorrilla. Entonces el buen Concha se sienta en un rincón, modestamente, y no vuelve a levantar la voz durante todo el tiempo que duran las deliberaciones de los consejeros responsables. Lo más que se permite es beber agua con azucarillo, porque es algo goloso, y fumar un purito de los que pagamos los contribuyentes.

En cambio, acude al Consejo el ministro de la Guerra, después de haber firmado una combinación militar, por la cual asciende Borbón y Castelví, distinguido excarlista, a general de división, pasando por encima de otros brigadieres meritísimos, y ni Cánovas ni nadie se atreve a decirle:

—¡Señor de Azcárraga! Ha hecho usted una barbasada, y perdóneme usted la manera de señalar.

Antes por el contrario, los ministros fingen que les agrada mucho el ascenso de Borbón, y aún hay alguno que dice, con la faz jubilosa:

—Ha hecho usted perfectamente en ascenderle, porque es una persona muy esbelta y muy bien parecida.

—Ya sabe usted—añade otro—que puede hacer todo lo que guste, y si se aumenta el presupuesto mejor... ¡Así como así, nosotros no lo hemos de pagar!... ¿Quiere usted venir a comer a mi casa? Hoy tengo unas alcachofas rellenas, riquísimas.

—A usted le queremos mucho, general—dice un tercero.—¿Por qué no se deja usted las patillas?

—¿Para qué?

—Para que le hermosearan el rostro. Usted, con patillas, debe estar mucho más joven.

Todos le adulan, todos le agasajan y él sigue haciendo con la cartera lo que mejor le parece; porque es lo que dicen los ministros:

—Hay que tener contentos a los militares, porque al fin representan la fuerza armada, y todo lo que somos se lo debemos al espadón de D. Arsenio.

El caso es que la situación económica no puede ser más grave, y sin embargo, mantenemos aquí mayor número de generales que en la belicosa Alemania. Verdad es que tenemos la suerte de que si mañana hubiese una guerra, podríamos disponer de notabilísimos tácticos, porque entre todos ellos de fijo ha de haber alguno notable, digo yo. Pero aunque no haya guerra, siempre es una satisfacción poseer una larga lista de príncipes de la milicia y verles a caballo en días de formación.

No faltan espíritus alocados que combaten la preferencia otorgada al militarismo y preconizan la necesidad de reducir el número de generales. ¡Pues estaríamos buenos sin la ayuda poderosa de estos señores! ¿Quién disolvería el Parlamento el día de mañana? ¿Pues qué? ¿Tan pronto se ha olvidado aquí el hecho glorioso de Pavia, cuando desalojó las Cortes a culatazo limpio?

Todo lo que se de al presupuesto de la Guerra, bien dado estará.

Cuantas más bayonetas tengamos, más tranquilo ha de dormir D. Antonio Cánovas; y aunque nos privemos del consuetudinario cocido, y del indispensable colchón, y de las necesarias vestiduras para cubrir las carnes, no debemos prescindir del Estado Mayor general que es el sostén del orden y el adorno mayor de la monarquía.

Es lo que dice un senador vitalicio y gentil hombre de Cámara con su natural elocuencia:

—Sostengamos un ejército numeroso, gastemos en su sostenimiento todo cuanto sea preciso... y el que venga atrás que arrée.

Noticias sueltas

—Si se propone el pan llegar al cielo esa misma intención tienen los cambios; pero los fondos públicos se achican, y cada mes que pasa, están más bajos. Amenaza la horrible bancarrota acabar de una vez con el Estado, que toma cuanto puede cualquier día y nunca está visible para el pago. La miseria nos tiende cariñosa sus macilentos y desnudos brazos, y en ellos dormirá la pobre España si no viniera Dios a remediarlo.

—Se va a reconstruir la carabela en que cruzó Colón el Océano, para dar a Castilla un nuevo mundo y a sus reyes millares de vasallos. Nos costará el juguete unos millones, veinte, cuarenta, cien... ¿Quién sabe cuántos? Quien lo tiene lo gasta, y el dinero sólo puede servir para gastarlo.

—Recorren los obreros en bandadas las fábricas lo mismo que los campos, pidiendo, no limosna que avergüence, sino el jornal que valga su trabajo. Dejan en sus tugurios a sus hijos, anémicos y tristes y extenuados, en espera del pan que el hambre exige con indomable imperio soberano. Es inútil la espera, cuanto inútil

fué querer emplear fuerzas y brazos, y la noche reúne a aquellos seres que verán otro sol por un milagro.

—No se dirá que el baile no fué hermoso... En cielo convirtieron el palacio... Los trajes y las joyas de las damas valían más dinero que pesamos. ¿Y el buffet? ¡Qué buffet! ¡Qué ricos vinos! ¡Qué manjares tan buenos y tan caros! Sólo lo que sobró les bastaría a un centenar de pobres y de vagos.

—La Ordenanza es terrible é implacable, y así tiene que ser, está probado, ó no habría milicias en el mundo ni guerras por principios matemáticos. Quien vista el uniforme, ya lo sabe; á poco que se escurra, siente el palo; y si se escurre mucho, cuatro tiros, ó algunos más si fueren necesarios. Y no hay que hablar de edades... ¡tonterías que logran conmover a los paisanos! El niño con chaquet puede ser niño; con guerrera y con sable, es un soldado.

—Ayer dieron la Cruz de San cualquiera al aguerrido general Fulano, que lleva cincuenta años de servicio, y que puede que se haya sublevado más de catorce veces; pero siempre con un tino tan grande y tan buen tacto, que el triunfo coronó sus rebeldías, y la que menos le dejó dos grados.

¡Oh, el Parlamento!

Pregunta un tal Calderón, yerno de Montero Ríos, si hay crisis; y Cos-Gayón contesta:—Señores míos, es pura figuración. Lo que yo puede decir, es, que en Montojo, un divieso venimos de descubrir, y por eso no ha podido concurrir a la sesión del Congreso.

Los diputados, poco respetuosos con el ministro de Gracia, se echaron a reír, y entonces él, ofendido en su amor propio, comenzó a arrancarse pelos de la perillita, que parece un pom-pón.

Muro le pregunta:—¿Qué hay de los Astilleros del Nervión?

—Como yo no soy ministro de Marina, no puedo contestar a esa pregunta;—responde el interpelado.

—Yo creí—dice Muro—que así como hay dos ministros de Hacienda, habría otros dos del género naval.

El Congreso prorrumpe en nuevas risas que alborotan a Cos y le sacan de su natural quietud; el hombre está tan alterado, que quiere coger el pañuelo para limpiarse el sudor, y le coge una oreja a Carlos Prats el ultramarino. Este chilla, porque la tiene cubierta de sabañones, y se arma un jollín de todos los demonios, que concluye por la intervención eficaz del presidente, gran enemigo de la impiedad cristiana y de las campanillas de metal blanco.

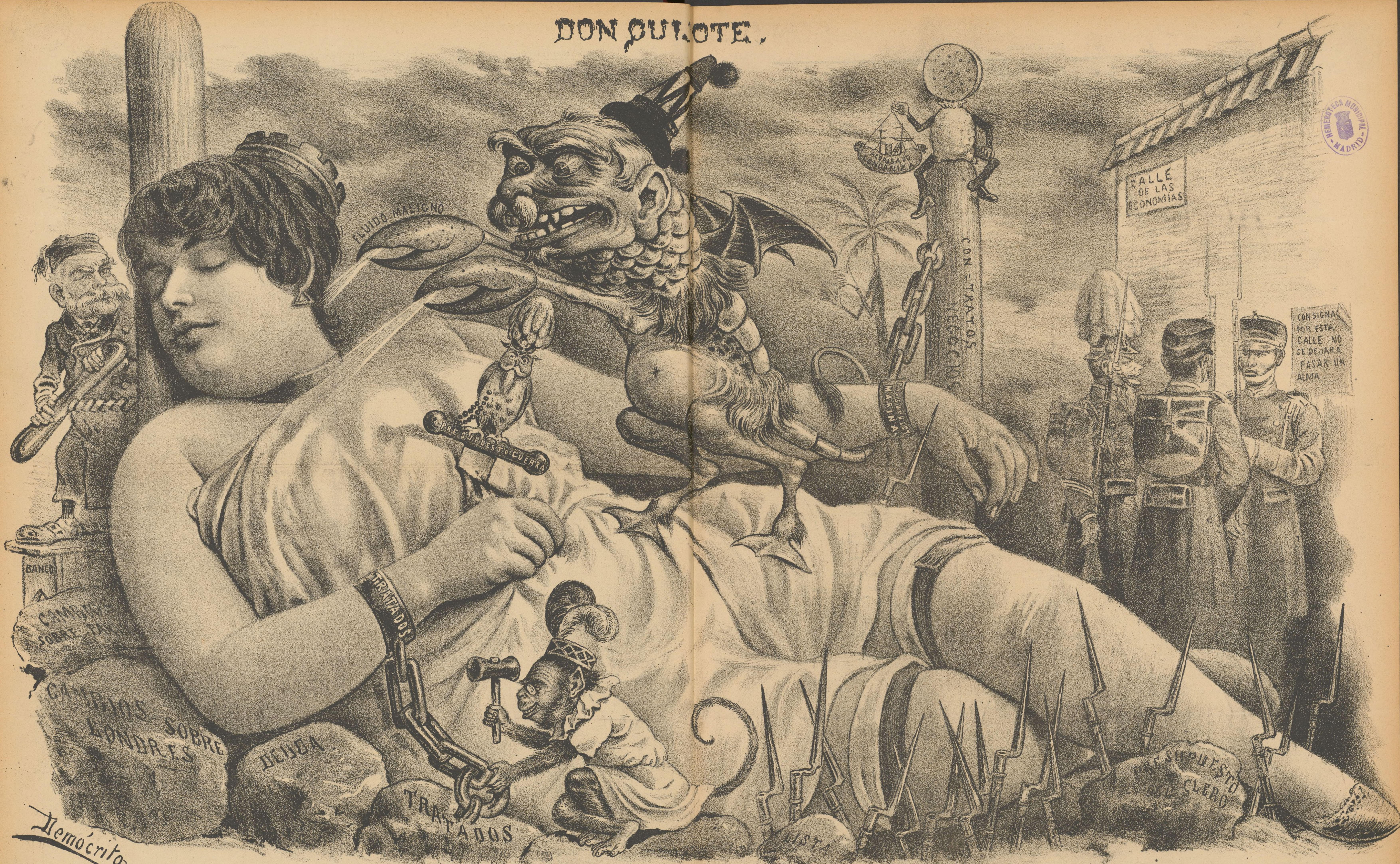
No ganamos para campanillas con este Pidal. Y continúa diciendo Muro:

—El expediente de los Astilleros del Nervión ha sido tratado en Consejo de Ministros; luego, su señoría debe de estar enterado.

Cos (con una ingenuidad encantadora).—¡Efectiva-



# DON QUIJOTE.



¡POBRE ESPAÑA! ¡QUIEN TE HA VISTO Y QUIEN TE VE!

Lit A Foruny S<sup>ta</sup> Engracia 6 MADRID.

Ayuntamiento de Madrid



mente, algo he oído hablar de eso, pero no me he fijado.

Uno del público. — Pues entonces, ¿a qué va su señoría a los Consejos?

Don QUIJOTE. — A echar una siestecita en el hombro de Concha Castañeda.

## LANZADAS

La viuda de Napoleón,  
que es una obra pistonuda,  
fué aplaudida con razón.  
Conste que no hay alusión  
á ninguna otra viuda.

Parece que el tan conocido Sr. Beránger volverá á desempeñar la cartera de Marina.

Suponemos que hará tan mal ministro como antes, y que seguirá recibiendo censuras, porque no creemos que le suceda lo que al pulpo, que mejora con los golpes.

Ha llegado bueno y sano  
un gigante aragonés;  
pues ya sabemos quien es:  
¡Castellano!

El ex ministro Sr. Isasa ha regresado de sus posesiones de Córdoba, según leemos en la prensa ministerial.

¡Anda, anda! También tiene posesiones.

¡Después dicen que la política no proporciona más que disgustos!

De *La Correspondencia Militar*:

«Han ascendido:

A *teniente general*.

D. Manuel Sánchez Mira. — Procedente del arma de Caballería.

A *generales de división*.

D. Juan Gutiérrez Cámara. — Procedente de Infantería.

D. Francisco de Borbón y Castelv. — No la tiene.»

¿Qué es lo que no tiene?

¡Caramba! Explíquese esto.

Ha dicho Linares en el Congreso, que el programa para las oposiciones de órgano en la Escuela de Música es deficiente, incompleto é imperfecto.

Y cuando Linares lo dice, debe saberlo de buena tinta.

Porque es profesor de órgano... de Móstoles.

Jovellar, hombre terrible.

— La Ordenanza debe reformarse — le decía un diputado.

— La Ordenanza es sapientísima — contestaba el aguerrido general.

— La falta cometida por el cadete Rodríguez es de las que castiga el Código civil con dos años de prisión correccional.

— Pues nosotros los militares lo hemos dispuesto de otro modo. La Ordenanza es un modelo de Códigos. Si mañana un paisano cae bajo la jurisdicción militar, se le fusila inmediatamente...

¡Uy, qué miedo!

A la puerta de Montojo  
no vayas á suspirar,  
que está el hombre delicado  
y se puede constipar.

El obispo de Santander ha combatido el baile por medio de una pastoral iracunda.

De manera que ya sabemos que Su Ilustrísima no baila.

Se le dice:

— ¿Quiere usted valsar?

Y él contesta:

— No, señor, porque me amareo y agomito.

La baronesa Stuers, esposa del ministro de Holanda en Madrid, acusa á su esposo ante los Tribunales, de malos tratamientos y de haberla propuesto en 1883 que empleara el ascendiente de su belleza cerca de un ministro español, á fin de negociar un tratado de comercio ventajoso para los Países Bajos.

¡Oh, los diplomáticos! ¡Qué gente tan respetable y tan digna, como diría D. Venancio!

En Játiva se gestiona el indulto del reo Bolinches, condenado á la última pena.

Pero según la teoría de la prensa ministerial, esto constituye una falta de respeto al tribunal sentenciador.

«El Gobierno — decía la enunciada prensa — no puede aconsejar á S. M. el indulto del cadete Rodríguez,

porque esto sería ofender al Consejo Supremo de la Guerra, que lo ha sentenciado.»

«De modo y manera» — como dice Cánovas — que Rodríguez tiene que ir á presidio, para que no se disguste Jovellar, ese fusionista de la clase de camaleones.

Y que ahorcaremos á Bolinches.

¡Vivan los periódicos del Gobierno! ¡Vivaaaaa!

En la sesión del Senado  
pronunció un discurso Arsenio,  
con sus puntas y ribetes  
de importante y patriotero.

— ¿Qué tal? preguntó en seguida;

y le contestó don Cleto:

— Le ha puesto usted poco aceite.

— ¿Poco aceite? ¿Cómo es eso?

— Poco aceite en un discurso?

— No es discurso, es un bufuelo.

Ya ha empezado el Sr. Cánovas á darse á conocer. Nuestro queridísimo colega *El País* ha sido denunciado tres veces.

Que lo sentimos no es necesario decirlo.

*El País* es de casa.

O lo que es lo mismo, no cobra subvenciones y dice siempre la verdad, pese á quien pese.

Ha sido ascendido á general de división el brigadier Borbón y Castelv.

Y según el extracto de su hoja de servicios, sentó plaza de brigadier.

Verdad que procedía del campo carlista.

Pero ha hecho muy poca carrera.

Aunque él tiene la culpa.

Porque ya de lanzarse, debió sentar plaza de capitán general.

Lo mejor que se ha dicho

sobre moneda,

lo ha dicho Villaverde,

según nos cuentan.

¡Dios soberano!

Si es verdad eso, ¿cómo

será lo malo?

¿Hablaban ustedes de economías?

Pues sólo en la mitad del mes de enero se han jubilado siete caballeros, que entre los siete cobrarán 37.550 pesetas al año.

Y por no hacer nada.

Es decir, por no hacer nada en beneficio de la nación.

Porque nadie les quita de trabajar, si quieren, para ayudarse.

\*\*\*

Además se les ha concedido á unos cuantos generales una gran cruz con 6.000 reales de pensión.

Eso encima de su sueldecito.

Y dirán después las malas lenguas que el país está arruinado.

¡Qué ha de estar!

No se permitiría esos lujos.

Se fué Montojo,

vino Beránger...

Pues nos quedamos

lo mismo que antes.

También excomulga el sobrino del Sr. Cánovas.

Y el que venga atrás que arrée.

Nada, que se ha creído el chico que eso está vinculado en la familia.

Y con música de *El Pleito*

cantaba ayer don Antonio:

— Al que Dios no le da hijos,

sobrinos le da el demonio.

Cualquiera se mete con el emperador de Alemania. El otro día han condenado en Dresde, á tres meses de prisión, á una muchacha, por haber ofendido al soberano.

¡Puede que dijera que le parecía feo!

O que no tenía el cutis fino.

Pero si ha de sostenerse la monarquía, tiene que ser así.

Se levantó Jovellar

el martes en el Senado

y dejó el hombre probado...

que tampoco sabe hablar.

*La Epoca* ha oído grandes elogios de la imparcialidad observada por el ministro de la Gobernación en las elecciones del domingo.

Ya sabemos á quién se los ha oído.

Al marqués de Mochales.

Quedamos en que los periodistas seremos sometidos á los Consejos de Guerra cuando cometamos delitos militares.

Así lo ha dicho el ministro de Gracia y Justicia (antes Cos-Gayón).

Bueno; ¿y qué tenemos que hacer para no cometerlos?

¿Estamos obligados á saludar en la calle á los jefes y oficiales del ejército?

No nos vayan á coger de ignorantes.

A Méjico va Miranda....  
que Dios le bendiga, amén.  
¡Si se llevara consigo  
á Navarro Reverter!

En cuanto ve Concha  
á cualquier ministro,  
le pregunta el hombre  
por qué ha dimitido,  
y como ellos todos  
contestan lo mismo:  
— No, señor de Concha;  
no, si yo no he sido,  
replica en seguida:  
— Pues á mí me han dicho  
que uno.... Y luego, aparte:  
(¿Quién será, Dios mío?)

Nadie nos ha dicho todavía en qué batalla de las que ganó ha desplegado más talentos militares el general Jovellar.

Comprendemos que la cosa si ha de estudiarse bien llevará mucho tiempo.

¡Serán tantas las batallas!

¡Si habremos caído quintos sin saberlo!

No solamente se nos juzga á los paisanos por Tribunales militares, sino que al que se descuida le salta un sargento que, á culatazo seco, le manda bien molido á que le arreglen los huesos en la Casa de Socorro más próxima al cuartel de San Francisco.

Poco importa que á un paisano  
le peguen en un cuartel;  
¡ya habría fusilamientos  
si el caso fuera al revés!

El jueves se estrenó en la Princesa, *Un cero á la izquierda*.

No es alusión al director del periódico *Los Debates*, el de las tendencias liberales.

### CONSEJOS Á LAS CLASES CIVILES

Cuando pase un batallón  
por las calles de la villa,  
debes inciar la rodilla  
en prueba de sumisión.

\*\*\*

Y si ves á Jovellar  
montado en su yegua fría,  
póstrate como en Turquía,  
para que pueda pasar.

### Máximas morales.

Niño: tu aseo personal vigila  
y no leas discursos de Danvila.

No comas fruta verde,  
ni imites á Raimundo Villaverde.

Respeta á tus mayores en la tierra  
y fíjate en los guantes de Becerra;  
pues con aquellos guantes  
ha conquistado puestos importantes.

### Refranes.

De sus discursos me libre Cos, que de los de Linares me libraré yo.

De enero á enero, la subvención es para Comillas, el naviero.

Quien quiere á Bosch, quiere á los *lipendis* de alrededor.

Más vale Rivas Palmers en mano, que Vea Murguía volando.

El comer y el chupar, todo es navarrorrevertempezar.

Dame pan y llámame Jove.